

OBRAS [Poesía y prosa]

FERNANDO VILLALÓN

Edición de Jacques Issorel

Trieste

INDICE GENERAL

Introducción	9
Cronología de Fernando Villalón. Vida y obra	27
Bibliografía	41
Nota previa	67
POESIA	
<i>Andalucía la Baja</i> (1926)	71
<i>La Toriada</i> (1928)	163
<i>Romances del 800</i> (1929)	187
Poemas publicados en revistas	245
Poemas póstumos	261
PROSA	
<i>Mañana de San Juan</i> (1926)	279
<i>Esi y Melanio</i> (1927)	285
<i>La Palabra que se hizo Carne</i> (1927)	295
<i>Sevilla en 1929</i> (1929)	303
<i>Ritual para obtener la vara mágica</i> (1933)	305
Notas	309
Indice analítico	333
Indice alfabético de títulos	341
Indice alfabético de primeros versos	349

EN LO HUMANO COMO EN LO LITERARIO, tuvo Fernando Villalón un destino excepcional. Hijo de un rico propietario de Morón de la Frontera, muere arruinado y lleno de deudas; ganadero por vocación y no por herencia, experto conocedor de la cría del toro bravo, verá periclitarse su ganadería por producir toros demasiado fieros y poderosos para el «torrear florido y frágil que iniciaban por entonces Joselito y Belmonte» (1); inventor fracasado, se preocupa, con sesenta años de antelación, por el problema energético fabricando un sucedáneo del carbón cuyo único y fatal defecto fue... su poder explosivo; miembro de la aristocracia —su padre era conde de Miraflores de los Angeles, su madre hija del marqués de San Gil—, se complace con la compañía de mayores, gañanes y mozos de cuadra... (2).

A los cuarenta y cinco años, ya arruinado económicamente y atormentado por una grave enfermedad, publica casi involuntariamente su primer libro de poesía, *Andalucía la Baja*. En sus *Recuerdos de Fernando Villalón*, Manuel Halcón relata las circunstancias en que esta obra vio la luz:

«Yo sabía que Fernando tenía versos guardados para publicarlos al cumplir sus cincuenta años y le instaba a que adelantase la fecha [...]

Un día me leyó unos romances. Al quedarme solo en su despacho abrí el cajón donde le había visto guardarlos y me los llevé a una imprenta de la calle San Eloy, donde recibía los calostros la revista de arte y literatura *Mediodía*. [...] Acudí a Rafael Porlán para que corrigiese las pruebas. Íbamos por la calle leyendo galeradas, cuando sentí un golpe en la espalda.

Era Fernando, que por encima de mi hombro leía sus propios versos.

Aún no me he explicado por qué lo que yo temía que fuese a provocar su enojo le causara una satisfacción tan grande. Su entusiasmo creció tanto, por horas, que pronto rebasó mi propósito de hacer un tomito con los Romances de tierra adentro y empezó a enviar nuevos originales a la imprenta, con lo que el libro perdió por completo la unidad, convirtiéndose en el tomo de *Andalucía la Baja*» (3).

El juicio de Manuel Halcón relativo a la falta de unidad del libro sólo se justifica desde un punto de vista formal, pues si nos adentramos en los poemas de las diversas secciones que lo componen (Las Tres Marías Atlánticas, Momentos de la Ciudad, Momentos del Campo, Fotografías en verso, El alma de las Canciones, Romances de tierra adentro y Rabel de «Las Tres Marías») nos sale al encuentro su luminosa coherencia. Todos los poemas convergen hacia un mismo punto. Bajo formas e inspiraciones diversas, el tema es único y viene compendiado en el título: Andalucía la Baja. Andalucía con su pasado mítico —los toros de Gerión capturados por Hércules y la fundación de Sevilla por el mismo semidiós— y su pasado histórico: fenicios y romanos, los Reyes Católicos en Puerto Real y «las naves de Indias»; la Andalucía del campo con sus mulas, sus toros y el calor de las tardes veraniegas; la Andalucía de las ciudades con sus tipos humanos tan perfectamente trazados: monjas, cofrades, faroleros, campaneros y hasta un «novio viejo» cuyo retrato es digno de un Antonio Machado; la Andalucía de la costa con sus pescadores devotos de la Virgen de Regla y la Andalucía de «tierra adentro» con sus gitanos, cazadores furtivos, bandoleros y contrabandistas; la Andalucía del cante en una serie de poemas en que lo inmaterial de las canciones andaluzas cobra forma, color, perfume, aspecto humano.

En vano buscamos en este libro cualquier concesión fácil a un andalucismo de pandereta. Todo suena a auténtico. El libro es una bella lección de Andalucía, una explicación y exploración llevadas a cabo por un hombre, un poeta que vierte en su poesía cuarenta y cinco años de contemplación de su tierra. Esa sinceridad y autenticidad la notaron inmediatamente los críticos. «Poeta de verdad, de corazón», dice Juan Chabás (4), mientras Gerardo Diego califica el libro de «distinto de todos [...] inesperado y áspero, tan personal —es decir, tan de una persona, de un hombre— de Fernando Villalón, ganadero y hombre auténtico de campo con aficiones literarias» (5).

La crítica de Gerardo Diego (publicada en la madrileña La Gaceta Literaria) va a ser determinante para el porvenir poético de Fernando, quien, fortalecido por la buena acogida que merece su libro —y más en Madrid que en Sevilla—, deja de ser un «poeta no profesional» («Hay que entender la profesión de poeta en el sentido no de vivir de, sino de vivir para la poesía», Gerardo Diego). Atento a los consejos del crítico y

poeta santanderino y según su terminología, Fernando deja de «torear vestido de paisano» y viste «definitivamente el traje de luces» (6). Para él empieza realmente la aventura poética.

En uno de los primeros poemas de Andalucía la Baja asoma la negra e inquietante silueta del animal al que Fernando amó apasionadamente, dedicándole buena parte de su vida y fortuna: «El toro va a salir», leemos en *Holocausto*. En otro poema, *El toro de la cañada*, pasa ante nuestros ojos, cegados por el sol de mediodía, «entre cruces de garrocha conducidos / el cortejo de los toros» precedidos por «jinetes majestuosos». El «ritmo netamente rubeniano» (7) de estos versos no mengua en nada su belleza tranquila, ni la impresión de grandeza sagrada que de ellos se desprende.

La aparición intermitente del toro en Andalucía la Baja anuncia un gran poema, que cobra las dimensiones de un libro entero: *La Toriada*. Tarda Villalón seis meses en escribirlo, desde diciembre de 1927 hasta mayo de 1928. Se ha visto en él la influencia del poema de Rubén Darío, *La gesta del coso* (1890), diálogo entre un buey y un toro justo antes de que éste salga a morir en la plaza (8), o *la huella del Poema de los toros de Felipe Cortines Murube* (9). Pero conviene observar que en estas dos obras no se pone en tela de juicio el destino natural del toro bravo: luchar y morir a manos de un bestiarío.

Totalmente opuesta es la «filosofía» de *La Toriada*. En ella los toros de la marisma descienden de salvajes manadas del rey Gerión, que no pudo robar Hércules, y son «último resto y muestra valerosa» de la grandeza de Tartessos. Ese origen mítico hace del toro andaluz un animal sagrado cuya belleza cantan las primeras silvas del poema. El sol naciente ilumina un paisaje virgen, paradisíaco, en el que los toros constituyen un elemento imprescindible:

«¡Oh valle moteado,
de toros negros fieros!
¡Oh ribera en carrizos bigotada!
¡Oh trebal agobiado de rocío!
¡Vega asaetada
por los dardos que Sol quebró en el río!»

La relación que ritualmente se establece cada mañana entre los toros y el Sol es de carácter religioso: «*Selvática oración la de los toros / al Sol*».

De pronto surge la violencia. Mas el singular combate que opone a dos «bicornios», fieros, crueles, no es sino la expresión animal de las fuerzas telúricas de un universo nuevo, intacto, bello por lo incivilizado. De manera significativa, la armonía que preside los primeros 125 versos del poema se rompe con la aparición del hombre: el vaquero armado con la garrocha y ayudado por un animal servil, el can. Siete toros —que gracias a su astucia unos «centauros» consiguen apartar del resto de la manada— se ven separados de su medio natural, quedando como vacío el paraíso marismeño. No presenciarnos un encierro sino un sacrilegio, cuanto más que los toros van a ser sacrificados no a «dioses inmortales», como merecía su sagrada dignidad, sino a «hombres viles». Los sarcasmos que dirige el poeta a los toreros —«zafios lidiadores»— y al público de la corrida —«el populacho clamoroso», «pueblos agonizantes y brutales»— traducen su rebeldía indignada frente a tan bochornosa muerte.

La mitificación del toro bravo a que asistimos en La Toriada no es gratuita: la intención del poeta va mucho más allá del brillante ejercicio poético. La captura del toro marismeño, su alejamiento, encarcelamiento y muerte significan el primer paso dado en un proceso de destrucción irremediable del paraíso terrenal que cantan los primeros versos del poema. A partir del verso 417, se ensancha la visión y no sólo la marisma, sino también los «monteríos», padecen por el poder destructor del hombre: «Dioses recientes en la Tierra reinan». Animales, «la amarilla oro-péndola divina», árboles, «la santa encina» y «el acebuché indomable», hasta el espíritu de esa naturaleza que son «Nereidas», «Jinas» y «Ninfas», sufren indefensos el ataque despiadado del hombre, dueño de una técnica todopoderosa:

«Ese gigante que mugiendo avanza
—faros por ojos, ruedas por pezuñas—,
que hiriendo a nuestra madre con sus uñas
trigo le hace parir con su pujanza;
es un inerte monstruo que es movido
con carbón de tus selvas extraído».

Más que un poema del toro, La Toriada se nos ofrece —cuarenta años antes de que se hablara de ecología— como un bellissimo poema ecológico, una reivindicación del patrimonio natural, una defensa de la Baja Andalu-

cía, de sus animales —y no sólo el más prestigioso de ellos—, sus plantas, paisajes, luz y hasta sus duendes. Pero una reivindicación y defensa hechas por la mano de un artista que pone al servicio de un tema que le apasiona una técnica sin defecto.

Revela el estilo de La Toriada la influencia de Góngora sin que por ello disminuya el mérito de Villalón. Hiperbatones, perífrasis, alusiones e hipérbolos no bastan para hacer un poema. La forma impecable, el encanto natural de La Toriada delatan al poeta capaz de asimilar una técnica ajena y ponerla al servicio de su propia inspiración. Además, cuando empieza a escribir su poema, en diciembre del 27, Fernando acaba de vivir en Sevilla, en compañía de Dámaso Alonso, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Gerardo Diego, Jorge Guillén, José Bergamín e Ignacio Sánchez Mejías, espléndido mecenas, unos días de profundo fervor gongorino. Por ello, su imitación del estilo del racionero cordobés se sitúa en la misma línea que la Fábula de Equis y Zeda de Gerardo Diego (10) y la Soledad Tercera de Rafael Alberti (11). Para Villalón y estos dos poetas, más que de imitación, se trata de un homenaje rendido al autor del Polifemo en el tricentenario de su muerte.

El amor a la naturaleza que Villalón manifiesta en La Toriada y la defensa que hace del medio natural no impide que le fascinen las maravillas de la técnica del mundo moderno. Cuando aparecen en el poema esos «monstruos» que son tractor («gigante que mugiendo avanza»), tren («Sierpe Viajera»), teléfono, avión y globo dirigible, el tono cobra tintes épicos, aunque, pasado el momento de exaltación admirativa, vuelva el poeta a denunciar los estragos que comete el hombre y los sufrimientos que impone a la naturaleza («la santa encina sus muñones muestra»).

Cuando empieza a redactar La Toriada, Fernando Villalón tiene ya terminado un manuscrito que titula: Andalucía la Baja / 1927 / (Poesías en verso). A pesar del título, nada tiene que ver con su primer libro: Andalucía la Baja, impreso en 1926. Un examen del contenido de este manuscrito revela que estamos en presencia del futuro libro... Romances del 800. La estructura de ambas obras es idéntica:

**SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE SEPTIEMBRE
DE 1987 POR PRUDENCIO IBÁÑEZ CAMPOS
EN TORREJÓN DE ARDOZ (MADRID)
LA EDICIÓN CONSTA DE 1.500 EJEMPLARES NUMERADOS**

Ejemplar 1516